

á nosotras otro sér que en aquel instante penetraba en el aposento.

Era muy hermoso. Venía ataviado de una manera distinta de las demas.

Lucía en sus vestiduras diferentes colores; unos rojos como muchas de las flores de mi jardín, y otros dorados como los rayos del sol.

Se reunió á mi amada dueña, y murmuró á su oído algunas palabras; pero tan quedo, que yo misma no las oí.

Mi amiga, desfalleciendo, cayó sobre el respaldo del objeto que la sustentaba, exhalando un grito no tan débil; que no bastase para que terminara el bullicio, y se acercasen á nosotras todos los que poco ántes se agitaban al compás de la música.

Mi dueña, se incorporó bien pronto.—No es nada! amigos míos, murmuraba. todo ha pasado ya!

Todas las miradas se fijaban alternativamente ya en mi triste amiga, ya en aquél, ya en el último que se había acercado á ella.

—Trais malas nuevas, Capitan?—Es-cuché que uno de aquéllos preguntaba al que, al parecer, fué la causa del desmayo de mi amiga.

—Malas, señores, contestó éste. Mañana temprano saldremos á la campaña. Juró que han de pagarme esos salvajes, todo el pesar que me causan.

—Es natural; deefan todos aquéllos; é! marcha á la guerra y ella... la pobre... —Pobres muchachos! deefan otros.

—¿Estás muy triste? le preguntaban otras hermosas á mi amiga; ¿te sientes mal?

—No, no, contestaba ella—estoy bien... seguid... seguid ballando... ya estoy tranquila...

Tranquila, cuando sus lágrimas se deslizaban abrasando sus mejillas...

—Necesitas algo? volvían á preguntarle.

—Nada, gracias, amigas mías, bastará al fresco de la noche... saldremos al balcón...

—¿Qué quieres?—preguntaban otras hermosas á mi amiga; ¿te sientes mal?

—No, no, contestaba ella—estoy bien... seguid... seguid ballando... ya estoy tranquila...

Tranquila, cuando sus lágrimas se deslizaban abrasando sus mejillas...

—Necesitas algo? volvían á preguntarle.

—Nada, gracias, amigas mías, bastará al fresco de la noche... saldremos al balcón...

—¿Qué quieres?—preguntaban otras hermosas á mi amiga; ¿te sientes mal?

—No, no, contestaba ella—estoy bien... seguid... seguid ballando... ya estoy tranquila...

Tranquila, cuando sus lágrimas se deslizaban abrasando sus mejillas...

—Necesitas algo? volvían á preguntarle.

—Nada, gracias, amigas mías, bastará al fresco de la noche... saldremos al balcón...

—¿Qué quieres?—preguntaban otras hermosas á mi amiga; ¿te sientes mal?

—No, no, contestaba ella—estoy bien... seguid... seguid ballando... ya estoy tranquila...

—Esta hermosa flor—dijo—ha sido objeto de todos mis cuidados; quería verla crecer muy bella, porque te la dedicaba á tí... Mas nunca imaginé sentir tan inmenso pesar al ofrecértela... Guárdala.

Mi dueña me acercó á sus labios, depositó en mí un suspiro y una lágrima y diciéndome adiós! me entregó á aquel que amaba tanto.

—Mientras viva, no se separará de aquí! dijo él señalando á su corazón.

Un instante despues víme envuelta en la más profunda oscuridad.

—Adios! percibi apenas: fué la última palabra que llegó hasta mí, regalada con el dulcísimo acento de mi adorada amiga.

Desde entonces sólo sentía un calor que me martirizaba, y un golpeillo constante que me agitaba sin cesar.

Así debieron pasar algunos días. Advertía yo que mi nuevo dueño jamas permanecía en reposo.

Donde quiera que estábamos, se escuchaban voces, risas, ayes, ó sordos ruidos á manera de truenos.

Muchas veces estos más rápidos y agudos se sucedían sin cesar, durante muchas horas.

Un día sentí una sacudida horrible. Al mismo tiempo mi dueño exhaló un grito y yo me ví envuelta en un licor espeso, rojo y abrasador en el que me ahogaba.

Creíme de una vez muerta. Sucedió una inmovilidad horrible, parecida á la de la muerte.

De los labios de mi dueño, brotaba á cortos intervalos un puy! lágubre, sordo, á manera de un rugido.

Por fin volví á ver la luz, y á respirar el ambiente húmedo de una nebulosa mañana.

Mi dueño me estrechaba con mano convulsa; una palidez mortal velaba su semblante, haciéndolo desaparecer casi de todo su varonil hermosura.

Volví á verme encerrada; pero entonces penetraba alguna débil claridad á través del objeto que me servía de prisión.

La claridad y las tinieblas que á muy largos intervalos perolaba, me hicieron comprender que se deslizaban días y noches.

Sufría mucho. No sé cuánto tiempo pasó; pero así fué mi sorpresa, cuando al sentirme libre otra vez, me encontré cerca de mi adorada amiga, de mi encantadora dueña.

—Horrible papel!—murmuraba—y siempre que ví su mirada fija en el objeto que me rodeaba...

—Adios, adios, bien miol... muero y tuyo es mi último recuerdo; guarda esa pobre flor, que amante me ofreciste y desde entonces ha vivido sobre mi corazón. La ha regado mi sangre. Adios!

Mi amada dueña se arrojaba al suelo deshecha en llanto.

Siempre igual! Así pasaron muchos tristísimos días. La oscuridad del cielo parecía retratar las tinieblas de su alma.

Sus vestidos eran siempre del color de la noche.

Yo como yo, habíe perdido sus hermosos colores.

Ya no hablaba, ni sonreía como cuando la conocí diáfora.

—¿Estoy loca, Dios miol era su eterno murmurar.

Constantemente me estrechaba entre sus delicadas manos; me hablaba de su amante, me preguntaba por él; me abrazaba con el agua de sus ojos y me devoraba con sus labios.

Siempre así, hasta que un día... Encantador recuerdo!

—Muerto! muerto, Dios miol! murmuraba mi desconsolada amiga, cuando escuchamos el rumor de unos pasos. Cada instante se oían más cerca del lugar donde nosotras nos encontrábamos!

Se oyó una voz. Mi dulce amiga contestó con un grito, y se lanzó fuera de la estancia.

Creímos que nos engañaban nuestros ojos.

Pero no, era él! Aquel que también había sido mi dueño.

Era el capitán. Él, que milagrosamente había sanado de la profunda herida, que tantas y tan largas horas le retuvo entre los frios brazos de la muerte.

Mi amiga no pudiendo resistir tanta dicha, cayó sin sentido entre los del capitán.

Tres días despues se unieron para no separarse jamas.

Todos los días me sacan de la cajita de oro en que muriendo vivo, y me besan llamándome el talisman de sus amores.

¡Ay! pero yo estoy sola, triste, marchita y muchas de mis hojas me van abandonando!

Pronto no podré ser testigo de la ventura de mi dichosa dueña y amiga.

¡Es tan breve nuestra existencia!

M. ROMERO.

Manila: 77.

EDITORIAL.

UNA MANIFESTACION.

Heinos recibido el siguiente telegrama:

Telégrafo eléctrico de Veracruz.—Recibido de Boca del Monte el 2 de Agosto de 1877, á las 6 y 20 minutos de la tarde.

—Sr. Adolfo Llanos y Alvaráz. Mexicanos residentes aquí dando gracias por su comportamiento cuestion pago deuda americana. Siga así bendito ser, despreciando á LA LINTERNA por antipatriótico artículo. Gracias y mil más.

—Andrés Gutiérrez y más mexicanos residentes aquí.

¿Cuándo recibirán nuestros irconciliables enemigos una prueba de afecto de los mexicanos que se parecen á la que contienen las anteriores líneas?

LA TUMBA DE PIZARRO.

Nuestro apreciable colega catalán LA LUMINARIA, ha publicado el siguiente artículo que le enviamos de Lima; y que traducimos para conocimiento de nuestros lectores!

«Desde que estoy en esta ciudad de Lima, tengo un fuerte deseo de visitar el lugar donde descansan los restos de Pizarro y afortunadamente, aprovechando la amistad de un canónigo, pude satisfacer aquel deseo.

La catedral de Lima, levantada bajo el mismo plan que la de Sevilla, si bien más pequeña, es tan sencilla por dentro, como modesta en el exterior, y en el gran subterráneo que se halla debajo del altar

mayor, dividido por tres espaciosos salones, está enterrado Francisco Pizarro: un negro sacristan es el encargado de enseñar aquella triste mansión. Despues que el expresado canónigo le dijo que me acompañase y me enseñase la tumba de Pizarro, encendió un cabo de vela y empezamos á bajar algunos escalones, él delante, yo detrás.

Mi guía, familiarizado con el oficio, andaba con la más completa indiferencia entre las tumbas. La luz amortecida de la vela parecía amenazarnos de dejarnos prontamente á oscuras; el negro murmuraba de vez en cuando entre dientes ciertas palabras que yo no comprendía. Tal vez algun conjuro, ó alguna piadosa oración, ó tal vez alguna maldición... Yo empezaba á encontrar extraño aquel sér, que segun unos, es hijo de Adán, y segun otros, procede de otro origen distinto de creacion.

Parece que el negro adivinó mi pensamiento, tan ofensivo á su pobre raza, y deteniéndose me miró fijamente, sus ojos se aniparon, una sonrisa irónica entreabrió sus abultados labios dejándome ver una hilera de blanquísimos dientes. ¿Qué pretendía? ¿qué quería decir? ¿qué es lo que iba á descubrir en aquella solitaria mansión? ¿Quería un cigarro? Se lo dí y lo encendió tranquilamente como si quisiese explicarme el problema de nuestra corta existencia... ceniza, humo, nada.

Aquí es, me dijo, y alzando un trapo grueso y síelo, descubrió á mis ojos la calavera del conquistador de todo un imperio.

Mudo, delante de aquel espectáculo de miseria humana, contemplé largo tiempo al que causó espanto á un mundo, abandonado hasta ahora de los gusanos de la tumba.

¡Pizarro! El fuerte brazo que manejó su pesada espada como ligera pluma, el esforzado pecho que agitó la tempestad de las más grandes pasiones, la animosa cabeza que cubrió el casco guerrero, ¿qué son ahora? Están reducidos á una tela seca como pergamino, que aún sostiene los huesos, y que mañana, por la desidia de los que los custodian, sin duda desaparecerán.

El cráneo es de un notable desarrollo; lo ancho de la frente revela una fuerza de inteligencia que sorprende, tratándose de un soldado ignorante y rudo. La mandíbula inferior fuerte y abultada; el pecho descubierta, ancho y levantado, me parece que se movía, como si algun suspiro violento turbase la paz de piedra de aquel eterno dormido. ¿Quién sabe si se agitaba pesados de no descansar en aquella bendita y hermosa tierra en que durmó su primera lágrima!

El vencedor de los poderosos Incas, yaca en un miserable agujero; su lujosa y antigua vestidura está reducida á un puñado de rotos; no tiene ni una pobre mortaja que lo cubra.

Cayó la cortina y me retiré con el corazón oprimido. La tragedia de Pizarro habia terminado para mí. ¿Qué gran burla de la grandeza humana, y qué locolón!

JOSÉ CAMPO Y MORÁN

GAZETILLA.

Zarzuolistas.

Segun dice un telegrama recibido de Veracruz, han llegado á aquel puerto la primera tiple Bra. Matilde Ortíz y el baritone D. Enrique Santa Coloma, que trabajarán con la compañía de Moreno.

«La Epoca» publica las siguientes líneas, que aplaudimos y apoyamos con mucho gusto:

«A nuestros hermanos de la prensa.—Antenor Lescano ha muerto!» decíamos hace una semana llenos de pena; y hoy, sangrándonos el corazón, volvemos á exclamar:—Antenor ha muerto pobre, y deja sumidos en la miseria á su esposa y á sus dos hijos!»

«He aquí el porvenir del hombre, que desentendiéndose sus intereses, se ocupa de los de la comunidad!—He aquí la perspectiva que tiene ante su vista el que en la Tribuna de la Prensa, busca el bien para sus semejantes!

«Alejado de la política, de sus ambiciones y tambien de los lueros que á veces proporciona, Antenor daba á México su ciencia, enseñaba á nuestros agricultores el mejor modo de extraer del seno de nuestros fértiles campos las riquezas que encierra, y predicando siempre el trabajo, daba el ejemplo, con su laboriosidad y con su honradez.—¿Qué obtenía en cambio?—El producto de sus tareas le bastaba apenas para cubrir sus necesidades.—Sin embargo, él vivía; y como dice un colega, exclamaba:—«Seré feliz, si puedo en México cumplir con el precepto árabe, educando un hijo, escribiendo un libro y plantando un árbol!»

«Pero la muerte no lo dejó cumplir con su misión... y lo repetimos:—«La esposa, los hijos de Antenor, quizás no tienen un pan que llevar á la boca.»

«Aún se encuentran en Córdoba.—¿Los detiene allí no queror abandonar sus restos?—Es acaso... que no tienen los recursos necesarios para venir á México?

«No queremos inquirirlo: no queremos saberlo. —Pero por nuestra propia dignidad, excitamos á la Prensa á abrir inmediatamente entre sus miembros, una suscripción para la familia del que en vida le honró con sus trabajos.—Esto es un deber, que no dudamos sepan cumplir los periodistas mexicanos.

«Al propio tiempo excitamos al profesorado de que formó parte Antenor, á la Escuela de Agricultura, de que fué profesor y á las Sociedades del Trabajo de que fué ferviente apóstol, para que hagan lo propio.

«Por último, coniamos en que el gobierno decrete alguna pensión para los pobres huérfanos, y nos permitimos recordarle que la esposa de nuestro difunto amigo, es hija del inmaculado patriota C. Manuel Sánchez Posada, y una tierna hija, nietos del honrado compañero de Juárez.»

«La Bandera Negra» dice:

«Pago de la deuda americana.—«Hacemos nuestro lo siguiente que copiamos de Sr. Monción Conservador de ayer:

«El domingo en la tarde tuvo lugar en la casa del Sr. Ilanón Alvaráz una junta de periodistas, en la que se acordaron bases sobre las que se debe proceder á la recolección de donativos entre las diversas clases de la sociedad.

«Aplaudimos la idea, y desde luego nos asociamos al pensamiento del Sr. Ilanón Alvaráz, «Molivos ajenos á nuestra voluntad nos impidieron concurrir á la casa del señor redactor de LA COLONIA ESPAÑOLA que tuvo la bondad de invitarnos á concurrir á dicha junta.»

«Cónsules.»

«Se ha expedido exequatur á la patente de Don Guillermo Williams, consul alemán en el puerto del Carmen, hijo del mismo nombre, Campeche.

«Don Ilanón Carballo ha sido nombrado consul de México en la Habana, y sus dependencias.

«Don José Hipólito Ramírez ha sido nombrado consul de México en Hamburgo, con jurisdicción en Bremen y Altona.

«Lo Trait d'Union» dice:

«El estimado director de LA COLONIA ESPAÑOLA D. Adolfo Ilanón y Alvaráz, anuncia que contribuirá á la suscripción para el pago de la deuda americana, con la suma de mil pesos.

«Nocturno americano folletacionen.»